

## El Anhelado, el Deseo y el Rostro de Dios

“Como anhela la cierva corrientes de agua, así mi alma te anhela a ti, oh Dios”.

“Mi alma vela por ti durante la noche”.

Todos hemos oído estas frases, las hemos hecho oración, y en nuestros momentos de reflexión más profunda intentamos sentirlas de verdad; pero, **generalmente, nuestros corazones han desmentido esas palabras**. No hemos anhelado a Dios realmente, con auténtica intensidad; al menos no en nuestros pensamientos y sentimientos más conscientes; y por la noche, estando en cama, nuestras almas están generalmente velando por alguien diferente de Dios. **Pero no tenemos que disculparnos por esto**.

Somos seres humanos, no ángeles, y la naturaleza y el instinto conspiran para que fijemos nuestra mirada y nuestro deseo en esta tierra. Lo que **nuestros corazones anhelan intensamente** son de hecho las **personas y cosas de este mundo**. Además, nuestros anhelos son salvajes y promiscuos. Suspiramos por muchas cosas, aunque nuestros anhelos normalmente tienen que ver más con el anhelo por un amigo íntimo o alma gemela y con la consumación emocional y sexual.



**Esos deseos, a primera vista al menos, no aparecen generalmente como santos u orientados hacia Dios.** De hecho, dan sensación de lo contrario. Aquello que anhelamos con profunda intensidad y lo que nos mantiene en vela por la noche es, la mayoría de las veces, alguien o algo mucho más vulgar y erótico que lo que asociamos con Dios. Por ejemplo, cuando el hombre ve a una mujer llamativamente hermosa o cuando experimentamos fuerte atracción sexual, ¿qué estamos sintiendo dentro de nosotros mismos frente a ese deslumbramiento? ¿Por quién vela nuestro espíritu en ese momento? ¿Qué estamos anhelando entonces?

No nos atrevemos a asociar lo que estamos sintiendo en esos momentos con los santos sentimientos que verbalizamos en nuestros salmos y oraciones. **Y con eso nos hemos empobrecido religiosa y humanamente.** En primer lugar, ese deseo, lejos de ser malsano, es de hecho una señal de buena salud. Se supone que la belleza hay que honrarla; se supone que nosotros debemos sentir fuerte tirón y atracción, hasta con su componente sexual. Se supone también, desde luego, que la belleza debe ser respetada y no violada. Nuestra capacidad de honrar la belleza es una señal de salud, y nuestra capacidad de no violar esa belleza es una prueba de esa misma salud; aunque no se trata de eso aquí.

De lo que aquí se trata es de que, consciente e inconscientemente, **interpretamos estas fuertes, desinhibidas y eróticas atracciones como algo que nos aleja de Dios** y como algo a lo que tenemos que renunciar para acercarnos a él. Nuestro deseo de Dios, por una parte, y nuestros deseos desenfadados y sexuales por otra, se perciben como rivales, incompatibles entre sí, y como exigiendo la renuncia del uno por el otro. **Esa idea equivocada nos lastima** más de lo que imaginamos. ¿Por

qué?

**Porque todo lo bello y atractivo, por desinhibido y sexual que sea, está contenido en el ámbito de Dios.** Dios es el creador de todo lo bello, atractivo, lleno de color, sexual, ingenioso, brillante e inteligente. Todo lo que nos atrae en esta nuestra tierra, incluso la belleza que nos seduce sexualmente, se encuentra dentro del ámbito de Dios, y nuestra atracción y anhelo por todo ello aquí en este mundo es, al fin y al cabo, un anhelar a Dios. Nuestro espíritu tiene que velar a un nivel más profundo.

**Esto es lo que muchos santos y místicos intuyeron cuando sintieron con tal intensidad su anhelo de unirse con Dios.** Todo lo bello y atractivo se encuentra en el ámbito de Dios y se encuentra allí en una forma que excede nuestra experiencia aquí en la tierra. Los santos y místicos intuyeron atinadamente que **Dios es más interesante, más bello y más sexual que nadie o que nada**, aquí en la tierra. Por tanto, su añoranza o anhelo de Dios se podría comparar a una cierva que anhela apagar su sed en la corriente de aguas fresas y cristalinas.

Nosotros -que no somos santos- experimentamos la misma añoranza y la misma intensidad, salvo que nunca asociamos esos sentimientos con Dios, aunque deberíamos hacerlo. El desgarró y dolor que sentimos dentro de nosotros mismos ante una obsesión, un fuerte deseo sexual y frente a una belleza despampanante es, en el fondo, un anhelo y añoranza de Dios, ya que **todo lo que deseamos, por más humano, carnal o sexual que sea, está dentro de Dios, autor de todo lo que es bueno.** Nuestro espíritu también tiene sed de Dios y permanece en vela por Dios durante la noche, aun cuando normalmente no nos percatemos de ello.

Pero realmente nunca entendemos nosotros esto. Si lo comprendiéramos, llegaríamos, como los santos y místicos de antaño, a obsesionarnos por Dios, en vez de sentirnos obsesionados únicamente por lo que encontramos atractivo aquí en la tierra. Algunos de nosotros se obsesionan por la belleza; otros viven obsesionados por encontrar el amigo íntimo, el alma gemela; a otros les obsesiona el sexo; otros se sienten obsesionados por la verdad, la justicia; y otros se obsesionan por la energía, el color y los placeres de este mundo. Pero **bien pocos de nosotros nos obsesionamos, o ni siquiera nos interesamos mucho, por Dios**, que es el autor de la belleza, sexualidad, intimidad, verdad, justicia, energía, color y placer.

*¿Por qué no nos interesamos más por Aquel de quien todas esas cosas son sólo un pálido reflejo?*

*Traducido para [Ciudad Redonda](http://Ciudad Redonda) por : Carmelo Astiz, cmf.*

Ron Rolheiser

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/el-anhelo-el-deseo-y-el-rostro-de-dios](http://www.ciudadredonda.org/articulo/el-anhelo-el-deseo-y-el-rostro-de-dios)